Año II. JUEVES 28 DE ENERO DE 1869. Número 29.

# PERICO EL DE LOS PALOTES.

DIRECTOR Y PROPIETARIO,
D. J. Molina Martinez,
calle de San Lorenzo, número 6.

¡VIVA LA DEMOCRACIA!

ADMINISTRADOR,
D. Ventura Tornel,
calle de San Lorenzo, número 6.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

## ADVERTENCIA.

Perico, *con todo el respeto y consideracion debidos, ruega á los suscritores de fuera se sirvan enviarle sin demora el importe de las suscriciones.*

## LA IGLESIA
### Y LA CIVILIZACION.

Despues de la caida del imperio romano; despues del aniquilamiento de aquel régimen colosal; en el seno mismo de la antigua sociedad, se formaba ya otra sociedad nueva enteramente contraria, fundada en otros principios, animada de otros sentimientos mas nobles, mas sublimes, destinada por la Providencia á llevar á cabo una empresa tan grandiosa como inmensa, pues que ella sola habia de verificar una revolucion pasmosa y radical en la civilizacion que comenzaba.

Esta nueva sociedad era la Iglesia cristiana; la Iglesia cristiana que á fines del siglo IV era ya una institucion perfectamente regularizada.

«Ella tenía un gobierno, un cuerpo de clero respetable, una gerarquía determinada hábilmente por las diversas funciones eclesiásticas; se hallaba bien provista de rentas, de medios independientes de accion, de centro de union y de actividad, sin faltarle nada de cuanto pudiera exigir la administracion de un gran Estado. Finalmente, los provinciales, los nacionales y los generales concilios, habian introducido la costumbre é inspirado el hábito de tratar en comun los negocios de la sociedad.» En una palabra, el cristianismo, así llamado por el nombre de *su divino autor*, en aquella nueva era de civilizacion que se inauguraba, no consistía ya meramente en una creencia individual, no era solo una religion, era además una *verdadera Iglesia*. ¡A no serlo así, únicamente Dios hubiera podido salvar á aquella religion santa, por cualquier otro medio reservado á su omnipotente brazo, en medio de aquella universal, espantosa ruina!

Esto es concretándonos meramente á hacer puras consideraciones humanas; prescindiendo de todo elemento sobrenatural, ageno de las naturales consecuencias de hechos esclusivamente naturales.

Si el cristianismo hubiera sido únicamente una creencia, «un sentimiento, una condicion individual, hubiera seguido naturalmente la suerte del imperio romano en la época de la invasion de los bárbaros.» En aquella época ningun medio se conocía, por el cual una verdad pura, una idea, arrojada como al acaso en medio de las sociedades, adquiere ascendiente sobre los espíritus, se desarrolla y crece, gobierna y dirije, determina los acontecimientos, y fija, por fin, hasta los destinos de los pueblos. Nada, absolutamente nada existió que pudiera obrar tan admirablemente semejantes efectos, y dar á las ideas y á los sentimientss una autoridad tan grande é inmensa. La sociedad, pues, que habia de luchar contra un desastre tan universal, que habia de resistir y contener tan formidables combates, habia de hallarse perfectamente constituida, y gobernada con admirable energía.

La Iglesia, pues, «salvó el cristianismo á fines del siglo IV, y á principios del V pudo con sus instituciones, con sus magistrados, y con su ascendiente, resistir y triunfar de la disolucion interior y de la invasora barbarie. Ella dulcificó el carácter brusco de los conquistadores indómitos, y sirvió como fuerte lazo, y como medianera amistosa, en una palabra, como baluarte del principio fundamental de civilizacion, entre una sociedad decrépita en demasía, y una sociedad muy jóven aún. La Iglesia unió y estrechó entre las suyas las manos de la civilizacion que fenecía, y las de la civilizacion que comenzaba; y acercándolas entre sí, hizo que se dieran un ósculo de amistad y de paz.»

De aquí se hace preciso considerar y examinar detenidamente el estado de la Iglesia, con el objeto de investigar con precision y certeza la gran parte que ha cabido al cristianismo en la civilizacion moderna, y los elementos que esta religion divina y salvadora ha introducido en ella, para deducir una série de consecuencias de provechosa y útil enseñanza, que en nuestro pobre y humilde concepto han de producir mejores resultados que los estraños y ridículos argumentos de algunos que se precian de ar-